



La guerra de Cuba supone una reconsideración social de todas las formas y hábitos de vida vigentes en España. Y origina un cambio de mentalidad que va a ir desarrollándose en las siguientes décadas. (En la foto, un momento de la lucha en Guantánamo durante la guerra hispano-norteamericana).

La sociedad española durante la última guerra colonial

Jesús Rivera Córdoba

CON la guerra de Cuba, entran en conflicto dos formas de enjuiciar la vida española: una ideal, que participa del carácter mítico del imperio; la otra real, que no se deslumbra por las rutas imperiales.

Esta guerra supone una reconsideración social de todas las formas y hábitos de vida. Provoca el cambio de mentalidad que originará el movimiento literario del 98, como exponente del cambio operado en la sociedad española.

El Imperio había camuflado el problema interno español. España era por entonces «una deformación grotesca de la civilización europea».

PRENSA Y OPINION PUBLICA

«¡Perdamos cuanto haya que perder, pero sigamos siendo dignos!».

Con esta edificante proposición, mostraba «**El Imparcial**» su espíritu altamente patriótico.

A raíz de la declaración de guerra por Estados Unidos, algunos periódicos publican una estadística, según la cual «*los recursos de los Estados Unidos, en hombres aptos para la guerra, en barcos poderosos y en dinero, son limitados y sufren comparación con los nuestros*».

A principios de julio de 1898, las perspectivas no son muy halagüeñas. Al desastre de Cavite, se unía el cerco a Santiago y la paralización total de la escuadra en esa bahía.

«**El Globo**» cree llegado el momento de tomar medidas, «*que estarán, con fuerza, en divergencia con la opinión de los que alborotan, que son los menos, pero en completo acuerdo con la opinión de los que callan y sufren, que son los más*».

La situación social en España es alarmante: en Cataluña hay más de cincuenta mil parados. Al Asilo de la Moncloa van diariamente doce mil pobres en busca de la sopa de Caridad. Afecta la crisis a la pequeña burguesía y una parte de la gran burguesía.

Proseguir la guerra con el único fin de «*saltarse los dos ojos para obligar a que el contrario se salte uno, es el colmo de la imbecilidad*», afirma «**El Socialista**».

GUERRA Y PAZ

Para cierta prensa no es aún tiempo de pedir la paz, ya que no hay ni vencedores ni vencidos, y por tanto no pueden imponer condiciones en aquel caso, ni pedir la paz en éste.

No obstante, «**El Liberal**» no ve con malos ojos la paz, «*¿pero hemos de cederles Cuba, Puerto Rico y Filipinas sin que les cueste un río de sangre?*».

Los pacifistas son duramente censurados por ver las cosas de la guerra «*por el solo prisma del utilitarismo*».

«*Nadie quiere la guerra, es verdad; pero los más la prefieren a la paz sin honra*», considera «**El Estandarte**».

«**El Socialista**», en una proclama a sus correligionarios y a todos los trabajadores, pide la paz con vehemencia: «*Cuanto antes haya paz antes se solucionarán los problemas de España. ¡Paz! ¡Paz!, es lo que debemos pedir con muchísima insistencia, proletarios españoles*».

Desgraciadamente no toda la prensa participa de esta opinión. Tanto es así que «**La Correspondencia Militar**» lanza un furibundo ataque contra estos periódicos: «*Huele a traición*», y tras apostillar que la guerra es más saludable y barata que la paz, finaliza: «*¡Lástima que hayan nacido en España semejantes ejemplares de la raza cabría!*».

La prensa belicista argumenta que cuanto más anhelemos la paz, más duras serán las condiciones. Por ello,



Coincide la guerra de Cuba con una alarmante situación social en España: la crisis afecta a las clases populares, la pequeña burguesía e incluso a una parte de la gran burguesía. Sin embargo, todo parece olvidarse ante la grandielocuencia imperial.

afirma «El Imparcial», «la única solución está en persuadir con hechos a los norteamericanos de que en tanto no se presten a una paz equitativa y honrosa nos batiremos a la desesperada». Claro, que esta paz que proponen no la aceptan los americanos: «Venga la paz, siempre que sea con honra y con colonias».

Según «La Epoca», el Gobierno está estudiando «el gravísimo asunto de la continuación de la guerra, o de formular proposiciones decorosas de paz».

«Lo Mestre Titas», semanario carlista de Barcelona, afirma que «el Govern treballa pera la pau a costa de una deshonra pera la patria».

També se'ns assegura que al efecte s'han comprat a varios directors de periodichs de gran circulació y a varios capspares del socialisme, inclus a don Pau Iglesias, a fi de que procurin encausar la opinió».

La respuesta de «El Socialista» es fulminante. Tras apelar al sentido común de los directores de periódicos para que consideren su postura belicista, prosigue: «En cuanto a Pau Iglesias y al Partido Socialista, sepa el periódico carca que han pedido la paz desde que se inició la guerra».

INTERESES Y OPINION

Podría aducirse que no hay razón aparente para que la prensa fomente la guerra.

Para «El Socialista» los móviles son claros: «Los periódicos patrioterros, aquellos que ven en la guerra un excelente motivo para vender algunos miles de ejemplares más...».

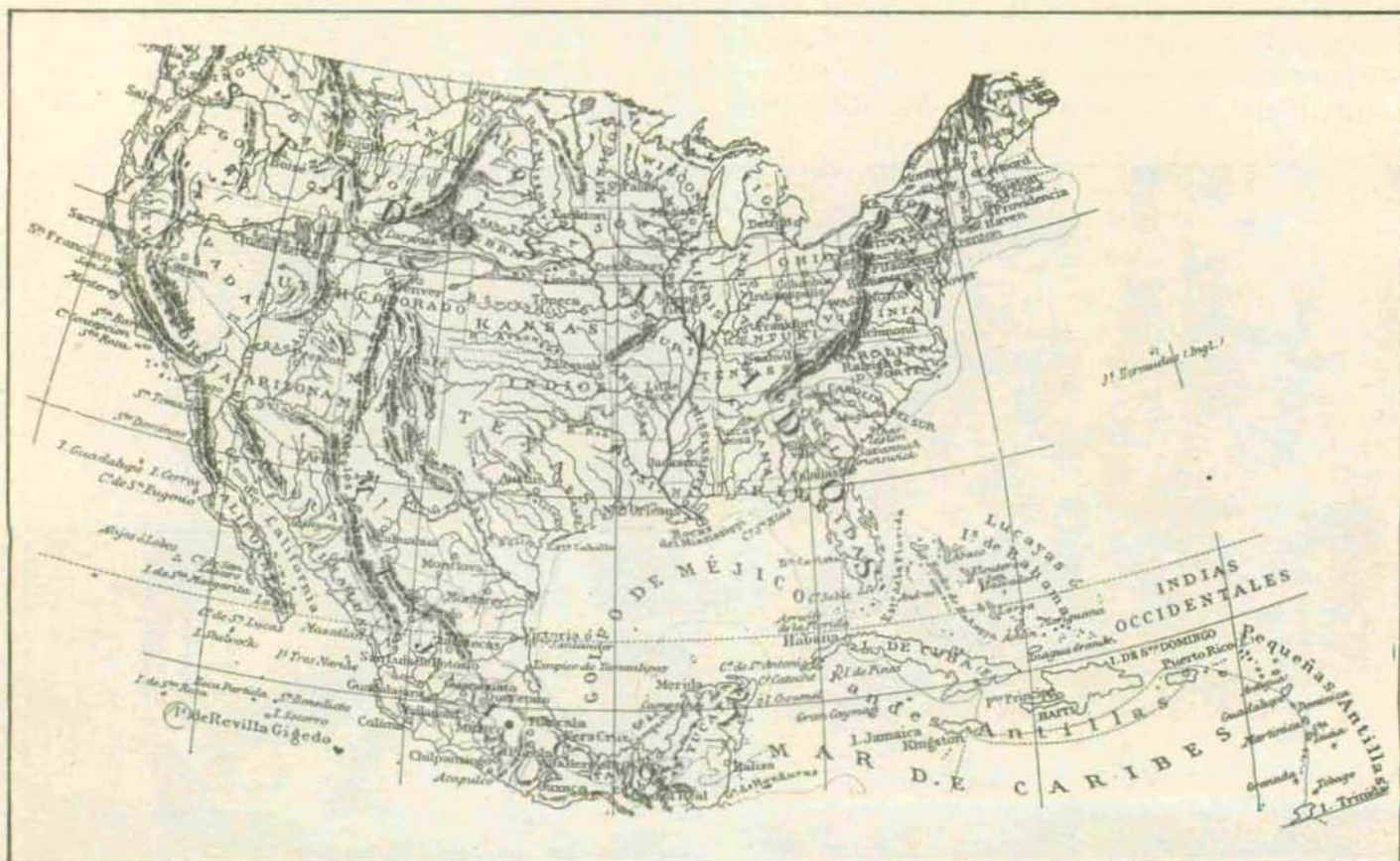
Estas maniobras provocan un tímido, pero ascendente, malestar de la opinión pública hacia la prensa. Este malestar contraria a la prensa, que procura mediante otra censura-

ble maniobra distraer las iras de la opinión. En estos momentos, la paz puede ser funesta. Y así lo expresa «El Liberal»: «Francia, que nos aconseja la paz, no la pidió hasta que los prusianos tuvieron seguro el asalto de Paris; y aun entonces, por apresurarse demasiado a ceder, tuvo que sufrir la expiación de la Commune».

Pero los españoles llevan muchos años de continuos sobresaltos, y no hace mella en la gente la inminente y trágica revolución que oscurecerá los arreboles del cielo patrio.

En esta sazón, la prensa comienza a entonar su «mea culpa».

«El Progreso» representa, en una lámina, a su redacción esperando para ir a la cárcel. Y «El Estandarte» comentándola añade: «Y como se empeñen aquellos compañeros lo van a conseguir, según los vientos que corren».



Mapa que recoge el área geopolítica de la guerra de Cuba, con el gigante norteamericano en una situación de preponderancia física.

Pero las cotas del más sublime agorero las bate, con mucho. **«El Liberal»:** *«Harto lo sabemos, y convencidos estamos de que si se abriera un plebiscito para que la opinión popular manifestase su sentir acerca de los grandes periódicos que voluntaria o fatalmente propenden a erigirse en dómynes, en dictadores y en supremos magistrados, tendríamos todos que buscar la salvación en el ostracismo (...) Y pediremos a Dios que retarde el cumplimiento de la profecía de un distinguido compañero nuestro, el cual cree que el sistema representativo y parlamentario, inaugurado con una matanza de frailes, acabará forzosamente con un degüello general de periodistas».*

Visto el poco temor a la revolución, la prensa encauza sus iras contra el culpable: el Gobierno. La palabra «imprevisión» aflorará en las páginas de todos los periódicos. No se fortificaron las colonias; no se aumentó la escuadra; no llegan a tiempo los refuerzos...

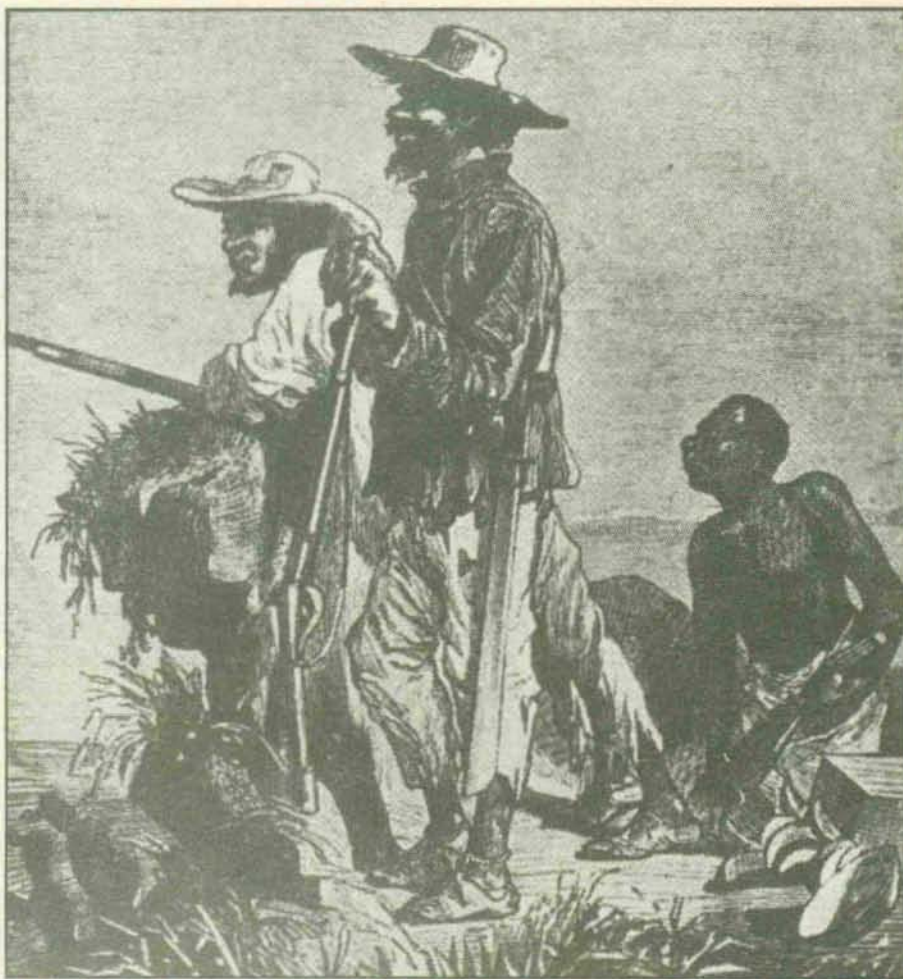
PRENSA Y ESCUADRA

De repente, todo desaparece. Nadie es culpable de nada. Todo son alabanzas. Se desata el paroxismo de fiebre guerra: la escuadra de Cervera ha roto el bloqueo norteamericano.

«Se oye violentísimo cañoneo en alta mar», dice el telegrama oficial. ¡Para qué más!: ¡estaremos destruyendo la escuadra de Sampson!

«Esto ya es otra cosa. Ahora podremos demostrar nuevamente a los yankees que España no cede así como quiera, y les ha de costar carísima la aventura en que se han metido». En estos términos se expresa **«El Imparcial»** y, con él, toda la prensa belicista.

El entusiasmo en Madrid es



Con un espíritu muy extendido entre los periódicos de la época, «El Liberal» se preguntaba si habría que ceder Cuba, Puerto Rico y Filipinas «sin que les cueste un río de sangre»... Sobre estas líneas, un grupo de insurrectos cubanos.

enorme. La gente se agolpa en las redacciones de estos periódicos deseosa de adquirir noticias.

Pero no toda la prensa opina así. Menos sensacionalista que sus colegas, **«El Globo»** advierte: *«Los peligros que corremos en la tarea de enardecer demasiado la opinión pública»*. En igual línea se manifiesta **«La Correspondencia de España»**. Tras exponer que quisieran creer únicamente las cosas buenas y que el publicar menos bien del que se consigue no produce perjuicio, prosigue: *«Pero al que espera y pregona más de lo que puede conseguir racionalmente, los desengaños se le vuelven acusaciones y las acusaciones tormentas»*.

Al día siguiente llegará por el telégrafo la célebre frase de

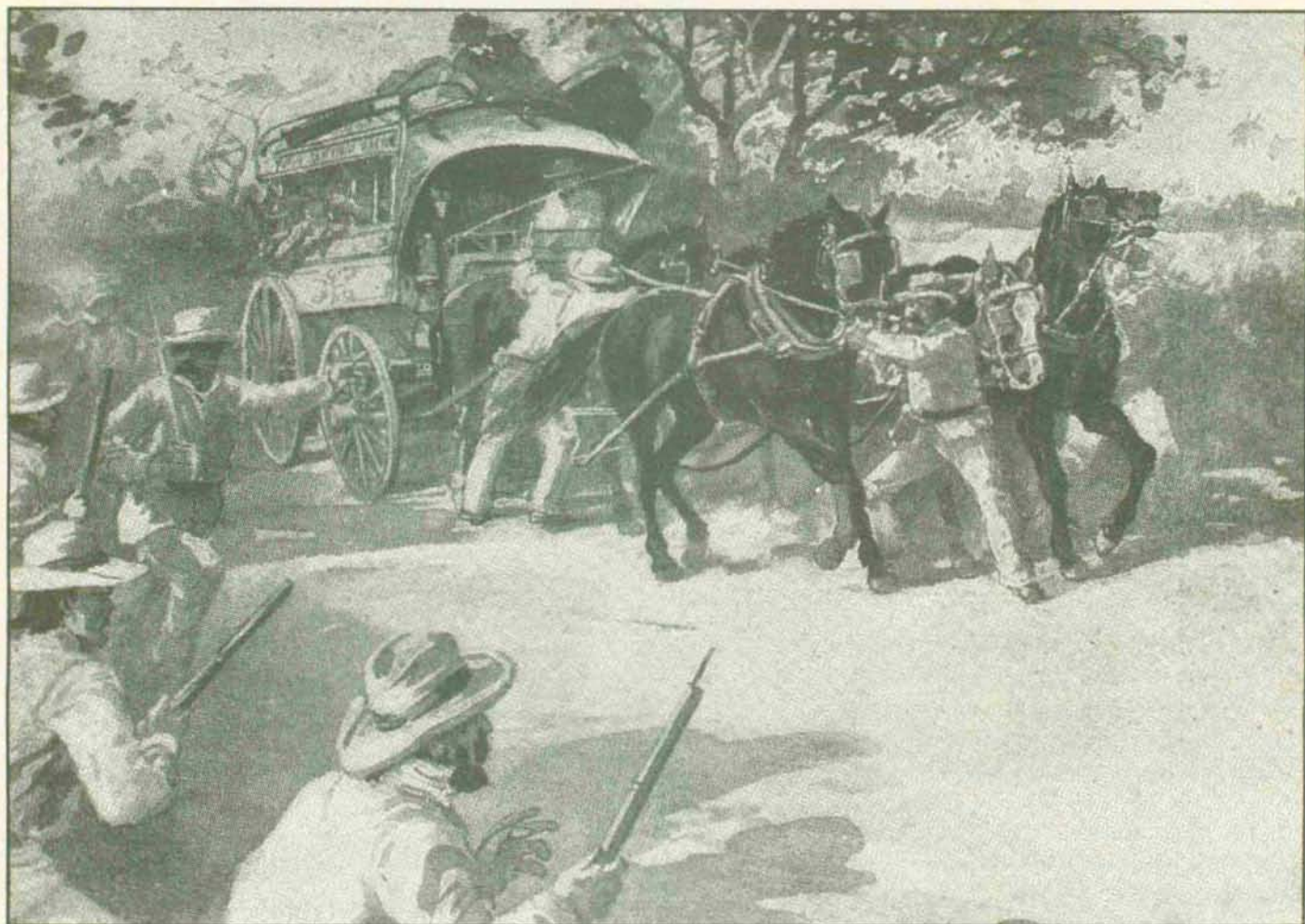
Cervera: *«Lo hemos perdido todo»*.

La prensa aparecerá con el luto de las grandes ocasiones.

«Verdad es que hemos sido arrastrados a una guerra injusta por un pueblo joven, poderoso, rico». Con esta fatalidad se despachaba **«El Estandarte»**.

Tras expresar el estupor que reina en la calle, **«La Epoca»** emplaza al Gobierno a que negocie la paz.

«El Imparcial», por su parte, nos saluda con un *«Día tristísimo, día de cruel amargura»*. Se lamenta de que *«la jornada haya sido tan poco cruenta para los norteamericanos»* y, haciéndose portavoz de la opinión pública, exclama: *«Aceptaría la patria con resignación mayores penas a true-*



La diligencia de Santiago de Cuba, interceptada por una partida de insurrectos. Incidentes de este tipo fueron continuos durante las diversas etapas de la lucha de independencia contra España.

que de inferir al injusto y codicioso enemigo mayores daños».

ESTUPOR E INCONSTANCIA

En esta misma edición, «**El Imparcial**» inserta una nota aclaratoria: «Téngase en cuenta que los despachos que hemos recibido hasta ahora son de procedencia yankee; júzguelos el lector sobre la base de que proceden de enemigos de España, de gente fanfarrona y dada al embuste, ganosa de ocupar un puesto en la Walhalla guerrera, donde están los grandes capitanes de la victoria».

Pero si «**El Imparcial**» muestra patrióticas reservas ante las noticias americanas —a las que debe la edición—, «**El**

Globo» protagoniza el más espectacular cambio de chaqueta visto hasta estos últimos años.

«**El Globo**» se caracteriza por un depurado pacifismo. He aquí algunas manifestaciones suyas: «¿Conviene aumentar indefinidamente el caudal de nuestras glorias a costa de sacrificios tan dolorosos y terribles?». Refiriéndose a la proclama del Partido Socialista, puntualiza: «No desdeñaría de firmarlo el talento más preclaro, pues está guiado por un noble fin y un gran sentido práctico».

Pero cuando todo el mundo espera una información mesurada y acorde con las circunstancias, «**El Globo**» destapa el frasco de las esencias: «*Partidarios decididos somos de la paz hoy como ayer, como antes de que se iniciase la gue-*

rra (...) Pero el deber y el honor, que tanto se han invocado en estos días y con tan varios pretextos manda seguir preparando la paz, sí, pero por medio de la guerra.

Háblese de nuestra malaventura, pero no de nuestra volubilidad e inconstancia».

A LA BUSQUEDA DEL HONOR PERDIDO

La destrucción de la escuadra es la gota que colma el vaso. Las informaciones sobre este hecho provocan en la opinión pública un cierto desvío y aun irritación contra la prensa, totalmente justificado.

No cabe mayor disfraz de la verdad que las noticias dadas por la prensa —salvo contada excepción— referente al po-

PANORAMA POLITICO

tencial norteamericano, unos por ignorancia, pero otros plenamente convencidos de que era falso lo que se estaba diciendo. De este modo se hizo concebir la esperanza de un triunfo seguro; esta atmósfera guerrera atemorizó a los gobiernos, impidiéndoles primeramente evitar la guerra y después pedir la paz al primer descalabro.

Es cierto que la prensa no llevó a España a la guerra; pero también es cierto que hizo muy poco por evitarla.

El peso de esta responsabilidad provocó en la prensa un abatimiento total, hasta el punto de decir «El Nacional»: «Hay que resignarse. Está escrito que hemos de sucumbir (...) Resignación y mansedumbre, y lo que perdamos en la tierra lo habremos ganado para la gloria del limbo que a nuestra necesidad corresponde».

Entre este panorama tan desolador y de pesimistas presagios, existe una pluma —Genaro Alas— de ideas claras y serena tranquilidad. «La verdad, siempre la verdad, debe ser el lema del periodista; es lo más digno y, a la larga, es lo más útil».

Pero si la prensa reconoce su error, tras un período de funesta influencia, cierta parte de la sociedad española mantendrá su postura interesada, intentando conservar todas las prebendas y privilegios de que venían disfrutando. Verán las necesidades de la patria como objetivos que deben ser cubiertos por las clases populares. Su dignidad les impedirá arrimar el hombro en los momentos necesarios, y su honor les dará opción a los beneficios de la guerra. Con estos antecedentes la situación en la península es pintoresca: mientras allí se lucha por mantener la vida, que no las colonias, aquí se gastan las escasas fuerzas en disputas cortesanas.

«No les pidáis conciencia, rectitud ni seriedad: nada de eso tienen.»

Esta afirmación de «El Socialista», destinada a los políticos burgueses, denunciaba la opinión que sobre nuestros gobernantes tenía el pueblo.

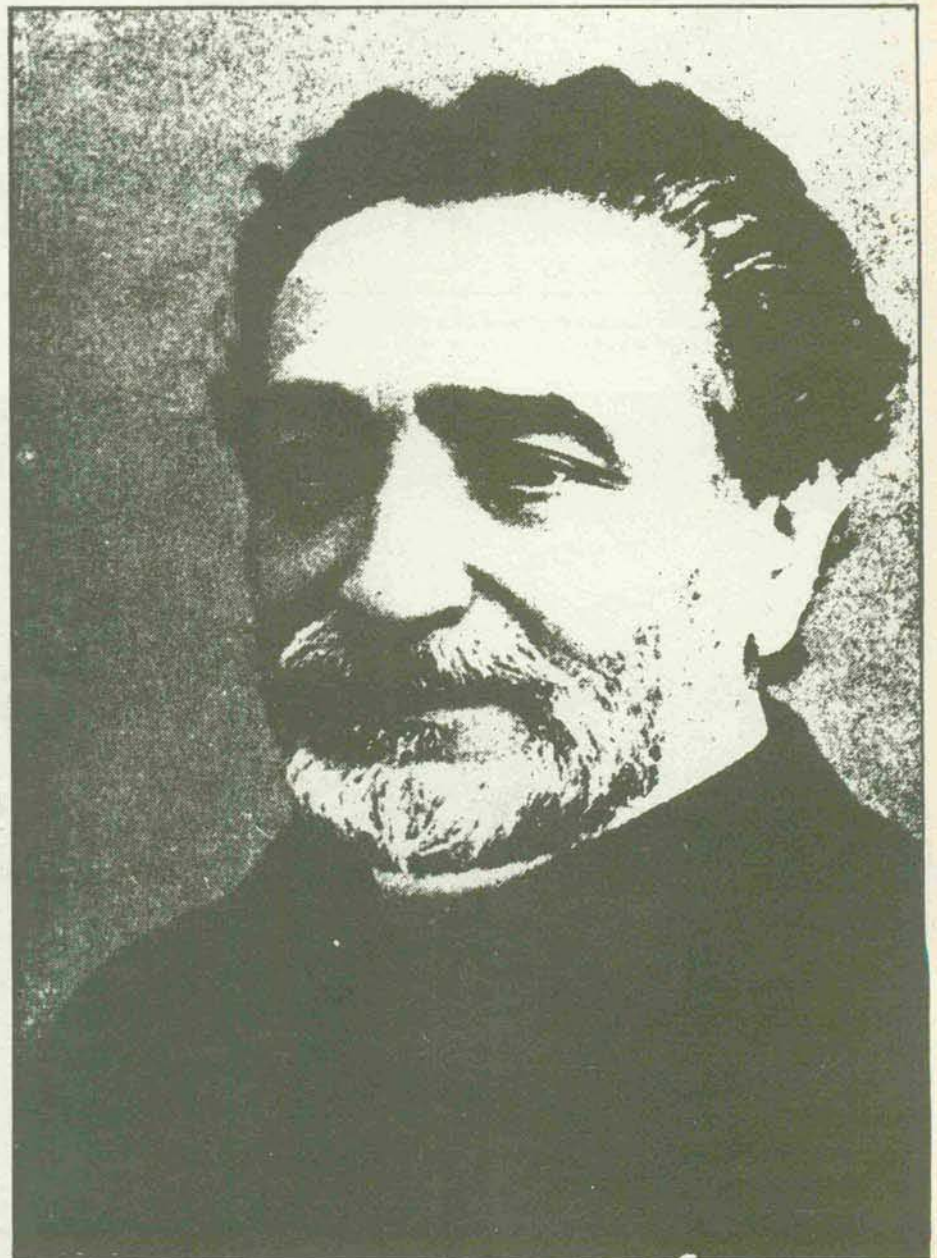
La insurrección cubana se generaliza cuando llega el turno de gobierno a Cánovas. Este considera que «la esclavitud era para ellos (los cubanos) mucho más preferible a esta liber-

dad...» (1). En esta situación decide hacer la «guerra cruel».

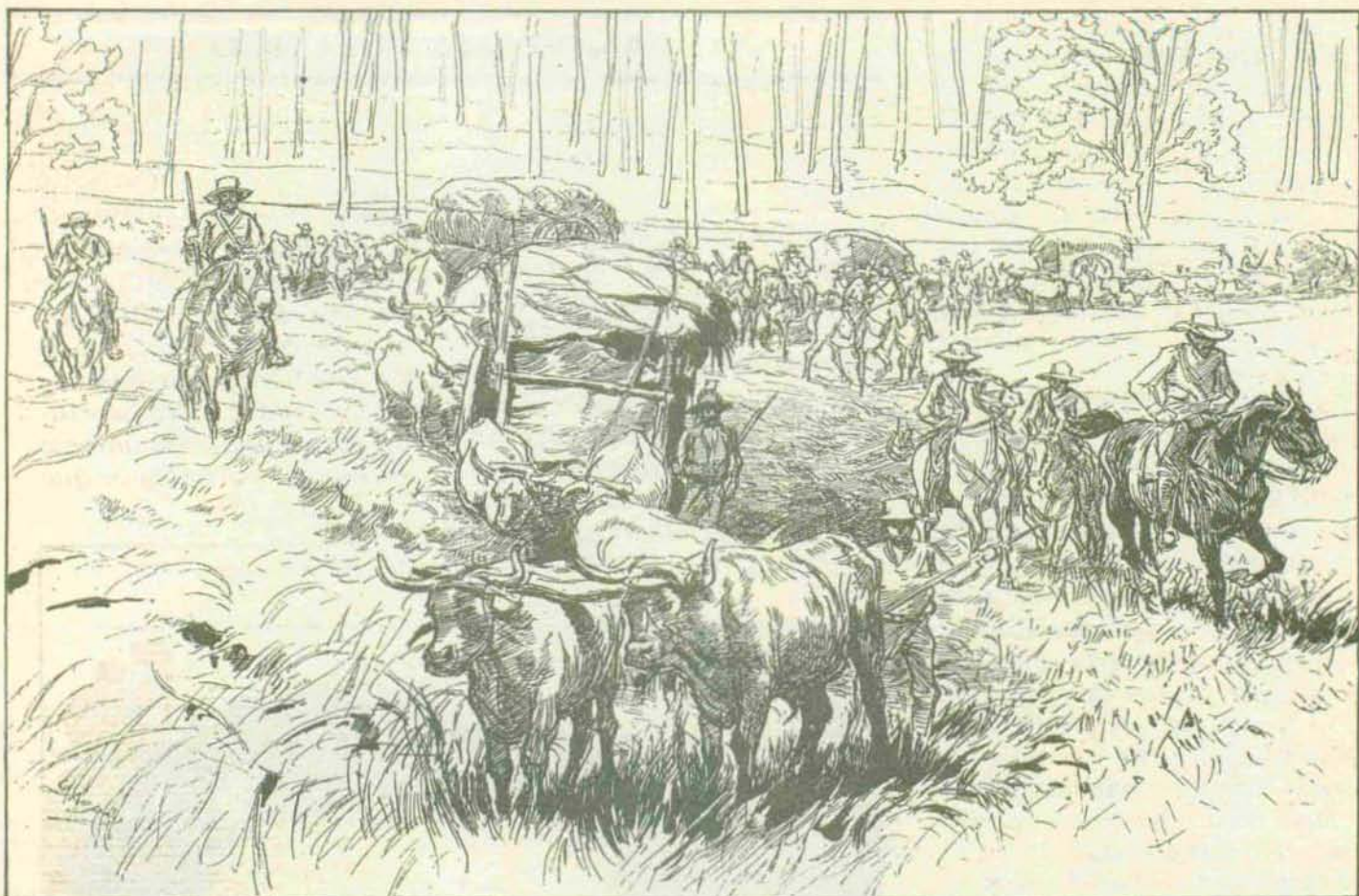
Tras el fracaso de esta política, y en lugar de dejar el poder a los defensores de otro sistema, «se declara partidario de las reformas en Cuba, las lleva allí, y, aunque en lugar de facilitar el planteamiento lo dificulta, proclamándose defensor sincero de ellas» (2).

(1) *La España del siglo XIX*, por M. Tuñón de Lara, pág. 82. Volumen II.

(2) «El Socialista», 2 julio de 1897.



«El hombre del tupé», el astuto Sagasta —en el grabado—, otrora rabioso opositor a la autonomía colonial, no tendrá más remedio que mostrarse a su favor para llegar al poder.



Para España, la guerra de Cuba representó una pérdida de muchos millones de pesetas y —lo que es más grave— de miles de hombres. Recursos que iban a parar a la colonia, repartiéndose en convoyes como este que atraviesa la provincia de Pinar del Río.



La alta burguesía y la nobleza entendían la guerra colonial como una forma de defender su «honor», su «patriotismo como españoles». (En la imagen, sección de caballería del Regimiento Hernán Cortés que intervino en la villa cubana de Las Tunas).

«El hombre del tupé», el astuto Sagasta, otrora rabioso opositor a la autonomía colonial, «al notar que no puede llegar al poder si en la cuestión de Cuba no promete más que su compañero de turno en el Gobierno, el jefe de los conservadores, declara, si bien con las vaguedades propias de su carácter marullero, que él llegará a la autonomía política» (3).

Por su parte, los republicanos se definían como enemigos de la autonomía, «mas al ver que los monárquicos los dejaban

al estallar en Cuba la última insurrección» (5).

LA BURGUESIA Y LA NOBLEZA

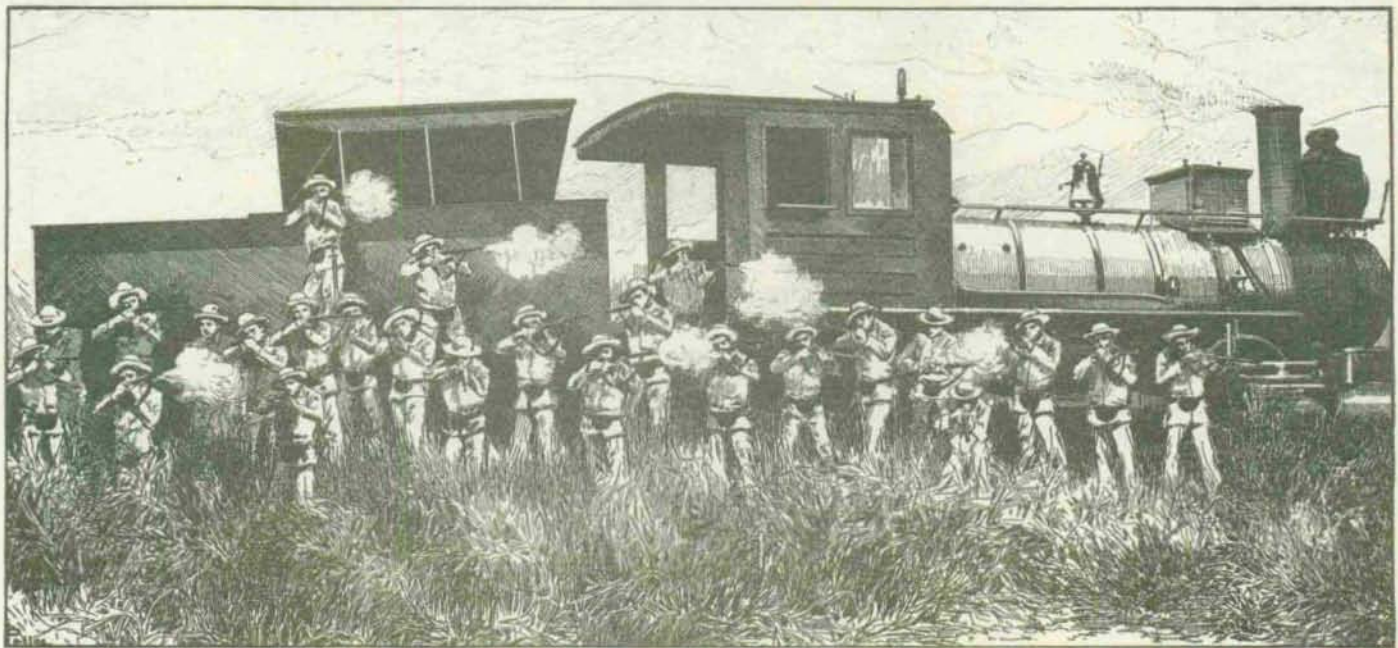
La guerra representa para nuestro país una pérdida de muchos millones y miles de hombres. La paz representa el ahorro de todo eso, «y además la satisfacción a aspiraciones legítimas de los habitantes de Cuba» (6).

Beneficia a compañías marítimas, usureros, periódicos y

res legales, es decir, patriotas» (7).

Pero esta defensa del honor queda pospuesta. Hasta el momento la guerra ha sido para la burguesía un aspecto exótico y mítico: la lejanía de Cuba y la furia española. Ahora la cosa cambia.

«Los ricos, los poderosos, los personajes, apenas notan que van a tener que pagar impuestos sobre la renta, piden apresuradamente la paz, para librarse de los únicos sufrimientos que a ellos llegan» (8).



El propio general Weyler afirmaría públicamente que «sostener el actual Gobierno es caminar al abismo». Las discrepancias respecto a la política colonial no paraban el continuo sucederse de hechos bélicos, como esta defensa de un tren atacado por insurrectos.

detrás aceptando ese principio, diéronse prisa a suscribirle» (4).

La concesión de la independencia hace tiempo hubiera evitado la lucha, al ver que la autonomía no era medida suficiente para satisfacer las legítimas aspiraciones del pueblo cubano. De que no haya paz son culpables los monárquicos, «mas a los republicanos les alcanza parte de esa responsabilidad por haber hecho casi siempre una oposición blandísima y no desplegar la energía y el empuje necesarios

militares. «En cambio, perjudica a la casi totalidad de la nación».

La alta burguesía y la nobleza juegan un papel importante en estos momentos. La guerra para ellos, aparte de los intereses en juego, es la forma de defender su honor, el honor calderoniano, el patriotismo español que es, naturalmente, patrimonio exclusivo de ellos. En el año económico de 1897, se recaudan por redenciones del servicio militar la cantidad de 42.076.500 pesetas. «Lo cual representa 28.051 deserto-

EL GOBIERNO

«A vivir con gobiernos que tienen los días contados estamos acostumbrados de antiguo.» (9).

En estos momentos la actitud del Gobierno viene definida por su total apatía. Se limita a abordar resoluciones corrientes y no toma medidas importantes acordes con el momento. El Gobierno vegeta, le interesa únicamente «conservar el poder, no sabemos con qué fi-

(7) «El Socialista», 2 julio de 1897.

(8) «El País», mayo de 1898.

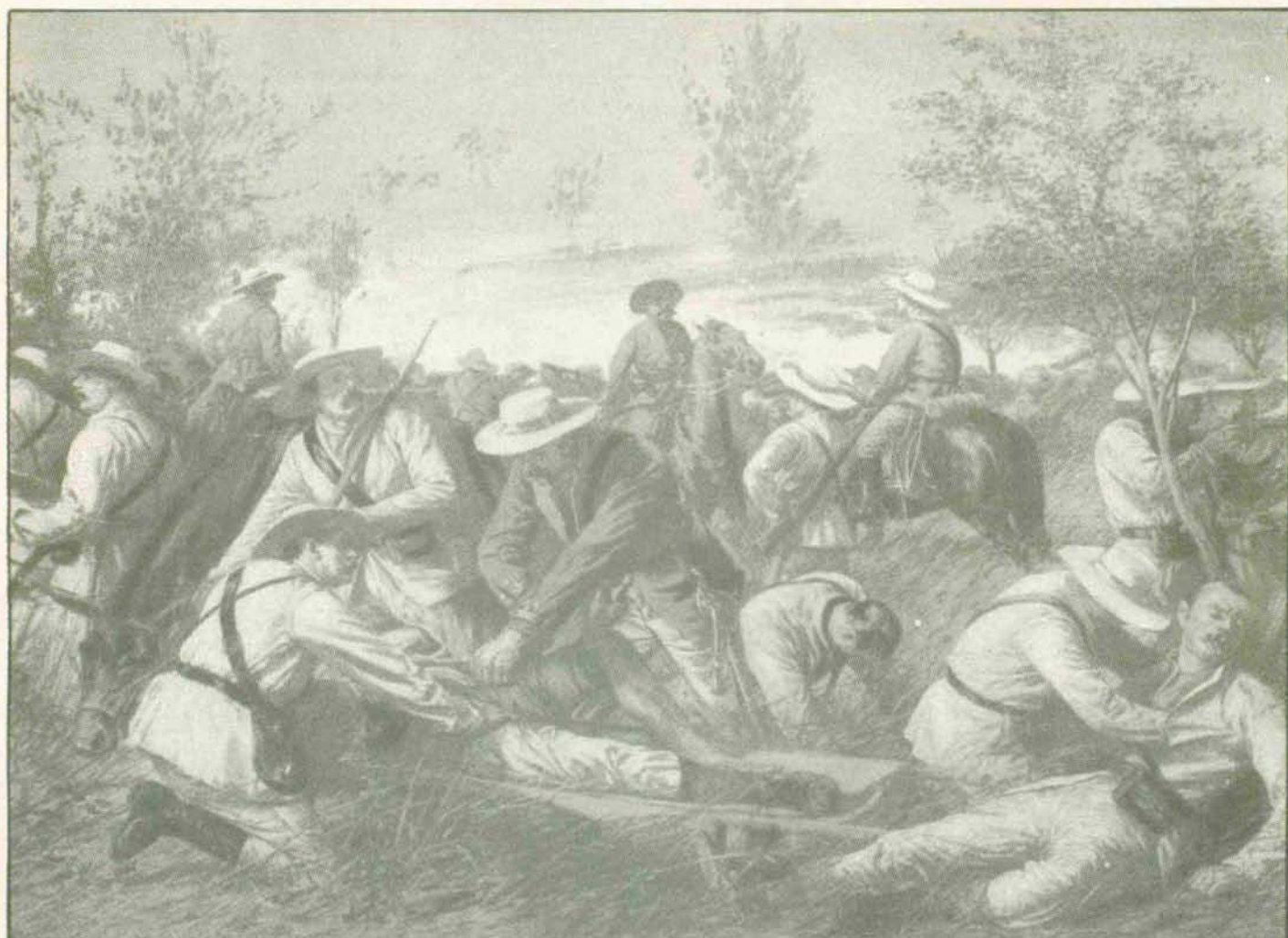
(9) «La Correspondencia de España», 1 julio de 1898.

(3) Op. cit.

(4) Op. cit.

(5) «El Socialista», 1 julio de 1898.

(6) «El Socialista», 1 enero de 1897.



Las principales acusaciones contra el Gobierno eran de que no había preparado la guerra adecuadamente y que no estaba actuando con coherencia. Sobre estas líneas, combate en las inmediaciones de Camajuani.

nes y con ello y con su conducta ulterior ha demostrado su completa ineptitud para buscar la paz y para continuar la guerra» (10).

La opinión pública no se recata al emitir juicios sobre el Gobierno. Weyler afirma en «El Nacional» que «sostener el actual Gobierno es caminar al abismo».

La prensa belicosa acusa al Gobierno de imprevisor. No ha preparado la guerra adecuadamente y no está actuando con coherencia.

«Lo que no acabaremos de lamentar jamás es que elemento de tanta valía como nuestro soldado, hueste bizarra como la española, esté gobernada por la imprevisión y dirigida por el desacierto» (11).

(10) «El Liberal», 4 julio de 1898.

(11) «El Imparcial», 4 julio de 1898.

Pero no todos opinan así. No se puede acusar al Gobierno por no haber artillado los puertos, mejorado la escuadra, etc.: siempre estaríamos en inferioridad ante los americanos.

«Donde ha estado la imprevisión ha sido en no acordar las soluciones que podían evitar la guerra que tanto cuesta a nuestro país» (12).

A todo esto se une la contradicción interna del gabinete, que ocasiona confusiones en los medios informativos: «Como si fuera poco estar a merced de un gobierno que carece de ideas y de energías, resulta ahora que ese gobierno emplea sus escasas aptitudes en confundirnos y en desorientarnos» (13).

(12) «El Socialista», 1 julio 1898.

(13) «El Liberal», 2 julio de 1898.

El corresponsal de «Les Temps» en Madrid «asegura que son profundas las divergencias que existen en el Gabinete Sagasta». De esta misma opinión participa «El Liberal»: «En cualquier momento estallará el conflicto ministerial en proporciones irreductibles».

Para los ministros, naturalmente, esta opinión generalizada está provocada «por los de siempre», que ya los había.

En el Consejo celebrado el día 3 de julio, los Ministros, como si hubiera prisa por proclamarlo, «lo primero que resolvieron fue declararse libres de toda culpa» (14).

Con esta autoabsolución no comulgan muchos periódicos. «Es preciso que la opinión pública les otorgue también la ab-

(14) «El Liberal», 4 julio de 1898.

solución, y en esto comienzan a sentir tales desconfianzas...» (15).

Porque con lo que no está de acuerdo la opinión pública es con el papel que protagoniza. «Las medidas de interés general deben ser acatadas y respetadas por todos, y no por el capricho de un solo individuo, de una parte del país» (16).

Ya, en estos momentos, la opinión pública se muestra

(15) «El Liberal», 4 julio de 1898.

(16) «El Globo», julio de 1898.

abiertamente contraria al Gobierno.

«No es posible que crea (el Gobierno) que esta situación se pueda prolongar, ni que su irresponsabilidad ha de ser permanente» (17).

«La Epoca» pide calma tras el desastre de la escuadra de Cervera, para después «cambiar, si es preciso, el modo de ser de aquellos organismos que, contra toda la voluntad y buen deseo de su valeroso personal,

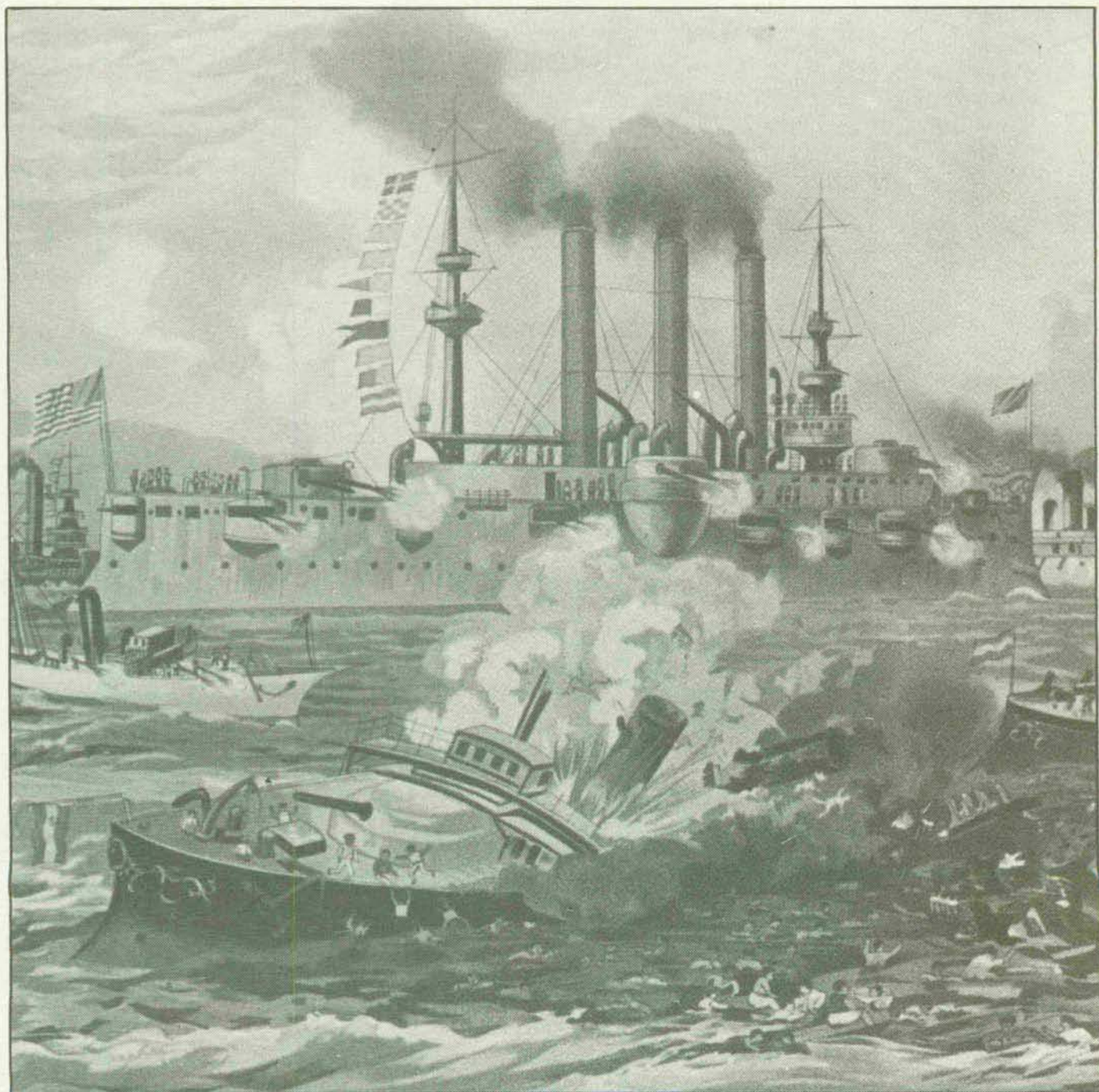
(17) «La Epoca», 4 julio de 1898.

no puedan, en la ocasión precisa, responder a todo lo que la patria tiene derecho a exigir».

«El Socialista» censura duramente la política del Gobierno, «por todo lo cual debe pedirse su desaparición».

Por último, «El Imparcial» pide el cambio de Gobierno para evitar males mayores: «¿Hemos de resignarnos a ser gobernados por la ineptitud?

Entendemos que no, entendemos que dentro de la legalidad y



El enfrentamiento con los Estados Unidos supuso el último paso de la guerra colonial. Nuestra Flota fue sometida a una lucha enormemente desigual —reflejada en el grabado—, que sólo condujo al fracaso.

precisamente para salvarla, salvando con ella el orden, deben organizarse fuerzas nuevas capaces de reconstruir esta nación, cuyas tradiciones y cuyo vigor inducen a desmentir la profecía de Salisbury, que coloca a España entre los países destinados a morir».

EL IMPERIALISMO YANKEE

«Novosti», diario semioficioso de la Rusia zarista,

apoya la paz en la guerra hispano-americana; su mayor temor porque continúe la guerra, es el hecho de que los Estados Unidos «intentaran algo más que la simple independencia de Cuba (que) podría provocar una intervención de las potencias».

Los planes ya los había dicho el senador Morgan a un periodista: «La guerra de España no es sino el comienzo de una nueva era en la política de América (...). Aspiramos a ser el nú-

cleo de un inmenso estado en el que estén unidos Méjico, la Argentina, el Uruguay y todas las demás naciones del centro y sur de América» (18).

Desgraciadamente, ochenta años después, las barras y estrellas también ondean en Europa.

LA PERLA DEL CARIBE

Cuando ya la guerra está decidida, «El Imparcial» publica (18) «La Epoca», 2 julio de 1898.



El almirante Pascual Cervera y Topete, jefe de la Escuadra española que luchó contra la norteamericana en aguas de Cuba. Su valerosa conducta personal no evitó la catástrofe de nuestra Armada.


un suelto representativo de la transformación que comienza a operarse en el país. «El Imparcial» se había caracterizado por su belicosidad, lo que no es obstáculo para que nos dé este colofón:

«Después de todo, del mercado antillano eran explotadores al-

gunos industriales y comerciantes de determinadas regiones de la Península. Del ejercicio de la soberanía se aprovechaban los políticos para enviar a los empleos de aquellas islas a sus protegidos y paniaguados. A la gran masa de la nación apenas llegaba por el

lado de la utilidad ventaja alguna, y si mucha parte, la mayor parte de los sacrificios necesarios para mantener en Cuba y Puerto Rico nuestra dominación» (19) ■ J. R. C.

(19) «El Imparcial», 19 agosto de 1898.



AUGUST CENTURY
 *
THE BATTLE OF MANILA
 Described by Eye-Witnesses.
 *
THE PHILIPPINES
 Three Interesting Articles—Illustrated.
 *
CUBA
 AS SEEN FROM THE INSIDE
 By an American Sugar Planter.
 *
THE SANITATION OF HAVANA
 By the Surgeon-General of the Army.
 *
PORTO RICO
 By Fred A. Ober—Illustrated.
 *
IMPRESSIONS OF AN ARTIST WITH THE FLEET
 *
“SANGRE DE CRISTO”
 A Spanish-American Story by Mrs. Schuyler Crowninshield,
 Author of “Where the Trade Wind Blows”;
 Etc., Etc.

Vencida la débil resistencia española e iniciando un nuevo colonialismo contra los nativos cubanos, Estados Unidos se hizo el dueño de las Antillas, de lo que da idea el «sumario» de esta revista norteamericana.